

BUKELE, LUISITO COMUNICA Y LA CÁRCEL

José Carter Cervantes*

En meses pasados, se hizo público un video del *youtuber*, o comunicador en redes sociales, Luisito Comunica, cuando hacía una visita a la cárcel de máxima seguridad más moderna de El Salvador y bandera principal del gobierno de ese país centroamericano en la cruzada que ha emprendido en contra de los miembros de las pandillas que por tantos años mantuvieron asolado el territorio, aterrizando a la población, obligando a miles y miles de salvadoreños al desplazamiento forzado dentro de sus propias fronteras, así como a la migración ilegal hacia los Estados Unidos de América. Dicha cárcel, que muchos han preferido llamar “la súper cárcel de Bukele”, se llama realmente Centro de Confinamiento al Terrorismo, CECOT por sus siglas en español.

Por los videos que he podido ver de *youtubers* que han ido hasta el CECOT, e incluso de en reportajes publicados en medios tradicionales, se advierte que el CECOT es un lugar muy bien construido y que cuenta con las más modernas medidas que en materia de seguridad carcelaria podemos encontrar en este lado del mundo. Asimismo, se advierte que la comodidad de los presos ahí recluidos no es materia que preocupe a las autoridades salvadoreñas, mucho menos el contacto con la gente del exterior. Las rutinas a las que son sometidos los presos incluyen una hora máximo al día en patios donde les da el sol, pero con grilletes atados a los pies. Si bien se antoja imposible que se escapen de estos patios, la medida parece dirigida para que no se peleen entre los propios presos. Esto

* Formación inicial como civilista, en el despacho Vélez y Montejano S.C., con especialización en derecho penal, mediante Diplomados y cursos en los institutos CISA, INDECAJ, INACIPE. Cursó la Maestría en Justicia Internacional por el Instituto Nacional de Ciencias Penales (INACIPE), segunda generación 2021-2023.

porque en el CECOT están los presos juntos en las barracas, no hay distinciones de ningún tipo para diferenciar el trato hacia algún grupo de ellos; se encuentran los de la Mara Salvatrucha junto a los miembros de la Mara Barrio 18, los de la Pandilla Mao Mao, los que pertenecen a la Pandilla Máquina y los que son de Pandilla Mirada Loca.

Lo anterior ha sido justificado por el Presidente Nayib Bukele con el argumento de que, si los pandilleros no respetaban la vida ni la dignidad humana, no tienen por qué ser respetados en sus derechos fundamentales más allá de la vida, la alimentación, el techo y la salud, derechos que son pagados por el Estado, al menos por ahora. Quizás el régimen de Bukele avance hacia una destrucción total de los pandilleros presos estableciendo la pena capital, pero hablar de eso ahora sería aventurarnos y no es la idea de este artículo.

A todo esto, considero que debemos preguntarnos cuáles son los motivos que llevaron a Nayib Bukele a hacer esta cárcel de máxima seguridad, sabiendo que se iba a echar encima al mundo de los defensores de los derechos humanos, así como a los grandes capitales que mueven el planeta con sus intereses y básicamente, a todos los programas de televisión de análisis político de Latinoamérica. Las respuestas a esas preguntas nos van a ayudar mucho. Según hemos podido escuchar del propio Bukele, los salvadoreños estaban hartos de los crímenes que cometían, y aún cometen, pero en mucho menor grado, los miembros de las pandillas. Los pandilleros violaban, mataban, secuestraban y torturaban con absoluta impunidad, al punto de convertir a El Salvador en el país más peligroso de Centroamérica y según algunos estudios, en el más peligroso de toda América.

Entonces, hartos de esta situación, los salvadoreños le dan el voto a Bukele, que en campaña había prometido acabar de raíz con los pandilleros, y gana así la presidencia. Ya como presidente en funciones, ha cumplido a cabalidad con lo que prometió en la campaña, especialmente en lo que refiere a la lucha contra este azote social que eran las pandillas. Para poder actuar en consecuencia, tuvo que solicitar la implementación de un Estado de Excepción,

permitido en la Constitución de El Salvador, para poder sacar a las Fuerzas Armadas a la calle y hacer las detenciones pertinentes de los miembros de las pandillas. Incluso, se meten a los barrios con lujo de fuerza y, sin contemplaciones, se llevan a todos los que son parte de estas pandillas.

La realidad social hoy para los salvadoreños ha cambiado drásticamente. Es el país con mejor índice en cuanto a homicidios dolosos se refiere en Latinoamérica, el país con mayor percepción de seguridad según sus habitantes y, de paso, el país con el presidente que mayor aceptación tiene entre sus habitantes, ganando la reelección con un porcentaje de votos superior al 80% del padrón electoral, lo que es en sí mismo un fenómeno de estudio particular. Ahora mismo no manejo los datos exactos como para afirmar que es el primero que lo logra en un país con voto directo, pero lo que sí es seguro es que tiene una aceptación altísima entre sus conciudadanos.

Volvamos al video de Luisito Comunica, quien dice en el mismo que él siente seguridad y paz cuando ve a estos presos con su rutina diaria, en comparación de las muchas cárceles que ha visitado en México donde los delincuentes parecen ser los señores de las cárceles, actuando criminalmente con absoluta impunidad, contrario a lo que sucede en el CECOT, donde como ya explicamos, hay una disciplina cuasi militar y un régimen brutal de cumplimiento de las normas, normas que son a cada cual más estricta.

Todas las medidas que ha adoptado Bukele en términos de seguridad interna, pero en especial lo que se refiere al CECOT, ha ocasionado una ola de críticas a nivel internacional. En México, leemos en las redes sociales artículos y publicaciones de analistas, sesudos doctrinarios y de gente común y corriente, que critican agriamente el régimen implantado en el CECOT. Incluso, en muchos noticieros televisivos y en programas radiales podemos advertir una franca crítica en todos los espacios.

Ahora bien, ¿tenemos nosotros como mexicanos el derecho a criticar a Nayib Bukele? ¿Tenemos el derecho de decirle a los salvadoreños cómo y por quién deben votar? ¿Tenemos derecho para decirle al mundo que, a pesar de los buenos resultados y de la

aceptación que tienen las políticas públicas de Bukele, ese sistema de gobierno no sirve? ¿Debemos seguir pensando que la democracia es el mejor sistema de gobierno?

Voy a responder estas preguntas desde lo que yo considero es lo más correcto y a la vez, estableciendo mi opinión sobre la situación en El Salvador.

1) ¿Tenemos nosotros como mexicanos el derecho a criticar a Nayib Bukele?

Los mexicanos, así como todos los seres humanos, tenemos el derecho a criticar. Criticar a quién nos plazca, básicamente. Vivimos en un país donde existe libertad de expresión, no sólo como un derecho fundamental establecido en nuestra Constitución, si no donde la libertad de expresión es reputada como uno de los derechos que más arraigo tiene en la sociedad mexicana. Así que la respuesta concreta a la pregunta es sí.

2) ¿Tenemos el derecho de decirle a los salvadoreños cómo y por quién deben votar?

Acá ya cambia la cosa. No sólo no tenemos ese derecho, sino que pretender decirles a los ciudadanos de otro país hacia dónde deben dirigir sus votos es un completo disparate. En redes sociales leímos, justo antes de las elecciones de El Salvador, una cantidad impresionante de *posts* de mexicanos sobre el peligro que era Bukele para los salvadoreños y por qué no se debía votar por él. Esto realmente lo considero un despropósito, propio de la creencia de sentirse superior a otro. Sentirnos superiores porque en algún lugar leímos que la democracia se trata de respetar los derechos humanos y eso es lo que asumimos como bueno. Sentirnos superiores porque le hemos dado a la democracia la etiqueta de modelo superior de gobierno. Sentirnos superiores porque la progresía mundial nos repite día con día que lo mejor que le puede pasar a los países es poner al ser humano individual por encima del bien común. Todo esto nos permite creernos con el derecho de decirle a los otros, en este caso a los salvadoreños, por quién deben votar. ¡Vaya disparate!

3) ¿Tenemos derecho para decirle al mundo que, a pesar de los buenos resultados y de la aceptación que tienen las políticas públicas de Bukele, ese sistema de gobierno no sirve?

Esta pregunta da en el clavo. El sistema de gobierno que ha regido en El Salvador es un sistema democrático, con elección directa. Por ende, su gobierno cuenta con legitimidad, desde lo social y político. Pero luego de padecer durante casi 30 años el flagelo de las pandillas, han decidido darle el poder casi absoluto, aunque de forma gradual, a Nayib Bukele. La historia nos ha demostrado que cuando un pueblo le da el poder absoluto a un hombre, este se hace del poder de manera indefinida y luego no hay forma democrática de sacarlo.

Los gobiernos dictatoriales, cuando no son abiertamente de izquierda, han sido gobiernos que han dejado a los países mejores números en materia de economía y seguridad. Los gobiernos democráticos han sido permeados por las teorías derecho-humanísticas con las que se permite, en nombre de la democracia, que todas las personas tengan los mismos derechos y que la visión social sea prioritaria, por lo cual se suceden una serie de programas que buscan favorecer a las personas, en tanto que la economía y la seguridad pasan a un segundo plano. Esto conlleva a que estos países se sumerjan en crisis sociales cada cierto tiempo, con debacles en materia de seguridad y economías rotas, con altísimos índices de pobreza. Pero con libertades intactas, eso hay que recalcarlo.

Una característica de los gobiernos populistas en Latinoamérica es que no ofrecen solidez institucional, exceptuando a México. Quizás este detalle es lo que muchos mexicanos no advierten. En Centro y Suramérica la institucionalidad ha estado ligada a las llamadas dictaduras de derecha. En México, fue el PRI el partido que estableció las instituciones y las respetó durante los casi 80 años que gobernaron de manera ininterrumpida. Cada vez que en países centro y suramericanos los gobiernos son democráticos, las instituciones se debilitan. Esto entraría en otro estudio y análisis más allá de lo que pretendo aquí, pero es una realidad, y lo que nos importa para efectos a este artículo, que, en El Salvador, una vez que los dos partidos de mayor presencia, el Frente Farabundo Martí para

la Liberación Nacional (FMLN) y la Alianza Republicana Nacionalista (ARENA), se empezaron a turnar en el gobierno, comenzó una debacle espantosa en materia económica y de seguridad nacional.

4) ¿Debemos seguir pensando que la democracia es el mejor sistema de gobierno?

La democracia, que como todos sabemos es una palabra que viene de los vocablos griegos *demos* y *kratos*, pueblo y poder respectivamente, es un sistema de gobierno que ha sido probado y su eficacia más que demostrada. Es gracias a los regímenes democráticos que el mundo civilizado ha encontrado un sistema de gobierno donde existe paridad entre los ciudadanos, donde hay mayores oportunidades de mejoras económicas, donde florece la intelectualidad y donde hay más libertades. Podríamos decir que un sistema democrático es un sistema ideal para el desenvolvimiento libre del ser humano.

Pero los sistemas democráticos latinoamericanos han sido permeados con las ideas de la posmodernidad, específicamente en los temas que incluyen derechos humanos. Se permite que los criminales tengan derechos humanos por el sólo hecho que son personas y, por ende, al tener dignidad humana tienen derechos. Se ha considerado que la dignidad humana es el eje rector o la base de todos los derechos humanos. No sólo se les ha reconocido los derechos humanos a los delincuentes, sino que se les ha dado voz y voto a quienes lesionan la sociedad desde posiciones de poder, es decir los políticos. Y esto genera, en automático, impunidad. Y la impunidad es en sí misma la posibilidad de volver a delinquir, como en una especie de un eterno *ricercare musical*, cuyo único fin posible es una política como la que está implementando Bukele en El Salvador. Ante el cambio de paradigma que ofrece El Salvador, conviene replantearse seriamente si la democracia como sistema de gobierno es el más indicado para la evolución y tranquilidad de los pueblos.

Decía en el párrafo anterior que los gobiernos o sistemas democráticos latinoamericanos han sido permeados con las ideas de la posmodernidad, específicamente en los temas que incluyen derechos humanos; y sé que esta frase es polémica. Pero no deja

de ser cierta, aunque *prima facie* pueda parecer impactante. Con la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre, posteriormente con la creación de la Corte Interamericana de los Derechos Humanos y en general con todo el Sistema Interamericano de Derechos Humanos, la democracia ha ido migrando en tanto concepto para convertirse en una especie de olocracia burocrática, en donde los pueblos corrompidos únicamente buscan ocultar en un sinfín de leyes las normas que deben regir las conductas sociales. El casi infinito mundo de los derechos humanos hace posible que a cada situación compleja se le mire con la lente derecho humanística y, con ello, el poder estatal para regular las relaciones sociales sea cada vez más irrisorio, con lo que se facilita enormemente la creación de pandillas, crimen organizado, narcotráfico y todo lo que puede ser amparado bajo el manto delincencial de la impunidad gubernamental. Todo lo anterior es una realidad que vivió El Salvador desde finales de los años 70 hasta el 2019, cuando Bukele ganó las elecciones.

Entonces Bukele ha decidido salirse de ese torbellino de la democracia latinoamericana para implantar un nuevo sistema, con el aval de prácticamente todo el pueblo salvadoreño. Claro que hay voces disidentes, pero por lo que vemos son voces de políticos del FMLN o de ARENA que fueron desplazados de la preferencia de los salvadoreños o de actores de la izquierda más radical de ese país, que sólo buscan desestabilizar al gobierno. Ahora bien, este fenómeno se ha internacionalizado. El mejor ejemplo son las reacciones que les mencionaba al principio de este artículo tanto en redes sociales como en los espacios de radio y televisión mexicanos. Nos sentimos con la superioridad moral para decirle a los salvadoreños que están mal y que Bukele va a terminar convertido en un tirano. Tenemos la desfachatez de criticar a todo un pueblo, soberano y con plena capacidad, porque no están haciendo lo que nosotros consideramos bueno. Con una simpleza increíble, se hacen análisis donde 4 o 5 personas, desde la comodidad de un programa televisivo en la Ciudad de México, decretan que los salvadoreños se están equivocando y que Bukele ya es un tirano. Bajo la premisa de que los sistemas democráticos son la mejor forma de gobierno, y sin detenerse a analizar el origen de la situación que tiene a Bukele gobernando,

he visto a muchos intelectuales mexicanos, orondamente, tachar de ultraderecha a Bukele. Un verdadero sinsentido intelectual lo que proponen, si es que proponen algo, la verdad.

Yo no apoyo ni estoy a favor de las políticas de Bukele en sí mismas. Propongo que se deje de juzgar desde fuera una situación que no conocemos, en el mejor de los casos. Y que realmente sometamos a duda que los sistemas democráticos son la forma más viable para la convivencia social. La dictadura no siempre es una forma de gobierno lesiva a la sociedad y los gobiernos autoritarios, por regla general, se sostienen porque mantienen una estabilidad económica y social que beneficia directamente a los gobernados.

Uno de los principios del Derecho Internacional Público es la libre determinación de los pueblos para elegir el sistema de gobierno que quieran. Y eso no quiere decir que tienen que elegir la democracia. Si para ellos funciona la autocracia, la dictadura u otra forma de gobierno, la comunidad internacional en pleno, debe respetar esa decisión e incluso apoyarla. No atacar, desde el periodismo o desde las grandes corporaciones, ya que entonces estaríamos ante una especie nueva del tan criticado macartismo de las décadas de 1950 y 1960. Seamos honestos, El Salvador se convirtió en un modelo envidiable. Como dijo el Noi de Poble Sec en aquella canción que más que canción es una poesía eterna llamada Sinceramente Tuyo¹, “*nunca es triste la verdad, lo que no tiene es remedio*”, y no tiene remedio que hoy los salvadoreños, en un ejercicio de soberanía, le hayan entregado a Bukele la conducción de sus políticas. Eso, amigos, hay que respetarlo. Y quizás, quizás aprendernos otras formas de gobierno y no los “cucaracheros” que se amparan bajo las denominaciones de democracia que lo único que permiten es impunidad, corrupción y más impunidad.

¹ Serrat, Joan Manuel. 1983. Sinceramente Tuyo. *Cada loco con su tema*.